

## Su memoria abre las tumbas

HA TARDADO 68 AÑOS en contar un secreto que guardaba entre sus peores pesadillas, pero al fin lo ha hecho. Y gracias a recordar perfectamente dónde enterraba a los que llegaban de diferentes pueblos, las labores de excavación son más rápidas. José, el enterrador de la sierra de Cádiz, aún siente miedo

### *Eduardo del Campo*

Las masacres estaban planificadas para disolver a las víctimas en el olvido para siempre. «Cuando calculaban que iban a matar, mandaban cavar la fosa». Pero quién le hubiera dicho a José Vázquez Jiménez, mientras enterraba a los fusilados republicanos de la Sierra de Cádiz en los días de calor ensangrentado de 1936, que viviría lo suficiente para reencontrarse 68 años después en el cementerio de El Bosque con los hijos, hermanos y nietos de aquellos muertos, a tiempo de revelarles dónde están las tumbas anónimas donde los sepultó.

El deseo de conocer la verdad se alió con la fortuna para llegar al inolvidable encuentro del pasado lunes. Ana María Venegas Bazán y sus cuatro hermanos crecieron con el recuerdo amargo del asesinato de su abuelo, José Bazán Viruez, concejal de Izquierda Republicana en el Ayuntamiento de Ubrique. Pero no fue hasta el verano pasado, después de leer el libro Las fosas de Franco, de Emilio Silva y Santiago Macías, que le había regalado por su santo su hermana Pepa Alicia, cuando Ana se decidió a buscar lo que quedaba de su abuelo. Entonces sí escribirían el final de su historia.

Por la tradición oral de la familia sabía vagamente que estaba enterrado en el cementerio del vecino pueblo de El Bosque. ¿Pero dónde exactamente?

El alcalde de El Bosque, Antonio Ramírez Ortega, les dijo que llegaban justo a tiempo cuando fueron a verlo en otoño: iba a construir urgentemente otra columna de nichos en el solar libre porque apenas quedaba sitio para seis o siete muertos más. Era el momento de rescatar los huesos que aparecieran al remover la tierra. Entonces, un día a finales de noviembre, el constructor encargado de la ampliación del cementerio, Emilio Vázquez, se encontró con su tío en el camposanto y surgió una conversación providencial.

-Tito, vamos a arreglar esto.

-Pues ahí fue donde yo excavé las fosas para enterrar a los fusilados de la guerra.

El constructor avisó inmediatamente a las hermanas. Tenía un testimonio único. Era la pieza que necesitaban los cinco hermanos Venegas y su prima Isabel María Bazán Jaén para completar el puzzle. No se encontraron con un viejo desmemoriado y balbuciente. Aquel testigo directo de 91 años recordaba la tragedia vivida a los 24 como si hubiera ocurrido ayer. «Lo que sentimos ese día, cuando Pepe nos dijo dónde había

enterrado a los muertos, no lo podemos expresar con palabras», explican las mujeres a la puerta del cementerio.

Encontramos a Pepe Vázquez en casa de su hijo en El Bosque. Y se pone a contar historias de las suciedades más profundas de España. Parece que estuviera hablando de Ruanda.

Entre agosto y septiembre de 1936 enterró a decenas de fusilados.«Pero a la fuerza», recalca por si hiciera falta, «porque voluntarios no íbamos ninguno». Construía parapetos en la línea del frente obligado por los falangistas sublevados. Hasta que un día les encargaron en el cuartel una misión peor. «"El que tenga una pala o un azadón en su casa, que se vaya para el cementerio".Fuimos cinco o seis y nos cogió la noche excavando. Era para enterrar a los nueve primeros que habían matado en Ubrique. Los arrecogimos en carretas y los trajimos al pueblo. Conforme se iban descargando, los llevábamos en escaleras arriba hasta el cementerio, como con unas parihuelas. Las escaleras se desbarataron de cargar tanto».

### MUERTOS EN MULA

Vázquez recuerda aún las náuseas bajo el sol de agosto y cómo echaban zotal a las dos mulas para que no les espantara el hedor.La primera fosa la abrieron pegada por dentro al muro meridional del cementerio, aprovechando que ya había una zanja de desagüe.Luego, conforme se sucedían las sacas, continuaban cavando a lo largo del muro (la fosa del primer día quedó sepultada años después bajo una columna de nichos, y los huesos fueron a parar a una huesera). Daba paladas hasta que el suelo le llegaba a la barbilla.

Así, tiro a tiro, las fosas se fueron colmando con al menos una treintena de hombres, adolescentes y alguna mujer, inocentes de Ubrique, Benamahoma, Grazalema y Prado del Rey. El plan, explica, consistía en dispersar a las víctimas: a los fusilados de un pueblo se les enterraba en otro, donde los familiares no pudieran seguir el rastro. Por eso Pepe enterraba a desconocidos. «No sé ni cómo se llamaban».

Los dos únicos rostros que reconoció fueron los del cartero de Benamahoma y su hijo, de 15 años, fusilados junto a otros tres vecinos. «A esos no hubo que trasladarlos. Los apoquinaron allí mismo sobre la pared del cementerio». Se le grabó también la imagen del cadáver tiroteado de aquella mujer de Benamahoma.Llevaba una toca negra. La arrojaron a la fosa sobre los hombres muertos, y uno de los enterradores hizo entonces algo que no olvida.

-Le levantó la falda, y no tenía braguillas.

-¿La violaron?

-No sé.

Las primeras fuerzas militares sublevadas que llegaron a El Bosque fueron, dice Pepe, los Leones de Rota, un grupo formado por presos liberados. Unos delataban y otros mataban. «Ellos no sabían si uno era comunista o falangista. "A los que hay que matar me lo tenéis que decir vosotros". Los que estaban aquí eran los que les decían, aquél, aquél y aquél».

«El cacique era el que mayormente tenía la culpa», acusa. Los Román, los Blanco. Y los guardias civiles asesinos, como el cabo Gutiérrez. Un grupo de vecinos de El Bosque, harto de su maltrato, unieron sus firmas para echarlo del puesto. Pero cuando le llegó su hora con el alzamiento de julio, aniquiló a los firmantes.«De todo el que firmó, se vengó», dice. «Los mataban por nada.Por una venganza personal, porque les debían dinero. Y, matándolos ya no tenían que pagarles».

En esos días de horror hay detalles patéticos que matizan la historia de buenos y malos. «Algunos eran republicanos y se cambiaron porque les dieron un fusil, y mataban a quien sea con tal de salvar el pellejo. Eso ha pasado aquí y en muchos lados: falangistas a la fuerza. Luego seguían como si no hubieran hecho nada».

Tras la genocida represión que asoló la comarca, con 200 fusilados en Ubrique (que pagó cara su resistencia) o cerca de 70 en Benamahoma (casi el 10% de su población), Pepe, el superviviente, no tuvo más remedio que engrosar las filas del ejército de Franco, en el regimiento de Infantería 33 de Cádiz, una fuerza de choque con la que recorrió los frentes de batalla de Andalucía y Extremadura hasta el final de la guerra. Una vez le cayó un obús que levantó un cráter a su lado y lo lanzó por los aires. Salvó la vida porque no explotó, pero le dejó de secuela la sordera en su oído derecho que obliga a hablarle en voz alta. Más tarde, una bala le entró por la bocamanga del uniforme y le hizo cuatro agujeros en la ropa antes de reventarle la culata del Mauser. «Sí que he tenido suerte, sí».

En la dictadura se ganó la vida como peón, trabajando en la construcción de pantanos, o jornalero de terratenientes. Tuvo cuatro hijos que le dieron 12 nietos y cuatro bisnietos. Sobrevivió al tifus y al paludismo. Enviudó. Pero su mayor victoria, quizás, ha sido la de superar el miedo interiorizado tras años de ley del silencio, para poder ayudar a las familias de las víctimas a buscar a sus desaparecidos. Cuando en noviembre contó lo que sabía a Ana María Venegas, se despidió con una pregunta reveladora, como un tic del pasado:

-¿Me pasará algo por haber hablado con usted?

Pepe tiene una hermana, Rafaela, que le dice asustada que no se meta en líos, que no se señale. «¿Pero a mí qué me va a pasar ya?», responde el nonagenario testigo de cargo, liberándose de los temores hasta confesar que es votante del PSOE de Felipe. Nada le puede ocurrir porque, entre otras cosas, todos los asesinos que conoció están muertos. Impunidad total. Al contrario que Ruanda.

## UN DIA HISTORICO

El lunes pasado Pepe Vázquez se puso su abrigo azul y subió al cementerio a acompañar a la treintena de familiares que vinieron de Ubrique, Benamahoma y Grazalema para asistir al inicio de la exhumación oficial de los restos de los fusilados. Era un día histórico que resolvía los momentos de tensión vividos hacía un mes. Los descendientes del concejal Bazán obligaron el 19 de diciembre a parar la obra del cementerio al ver que la excavadora dejaba al aire unos huesos al abrir la primera zanja. Ahí estaban. El forense judicial confirmó que eran antiguos.

Los familiares y la Asociación Andaluza Memoria Histórica y Justicia, explica Cecilio Gordillo, su vocal de exhumaciones, se acogieron al nuevo decreto del 2 diciembre de la Consejería de Justicia de la Junta de Andalucía que, por primera vez, regula el protocolo y la financiación de las excavaciones de fosas de la Guerra Civil. Así, han logrado que esta exhumación sea también la primera que se hace con respaldo de la Administración y todas las garantías legales.

Dos arqueólogos de la Delegación de Cultura de la Junta en Cádiz, un oficial y cuatro peones municipales excavan la fosa a mano. «Viendo esta mañana a los familiares, parecía que todo hubiera pasado ayer», decía el arqueólogo Alfonso Pando, acostumbrado a recomponer esqueletos fenicios o romanos, pero no de difuntos a los que siguen llorando las otras víctimas vivas que dejó la represión.

Y tanto. El enterrador y los que vieron cómo se llevaban a sus padres y hermanos cruzan sus recuerdos, y la tragedia, entonces, parece tan cercana que arranca escalofríos. En la

reunión del lunes, Pepe se puso a hablar con un vecino de Benamahoma, Atanasio Ramírez Gil, y le indicó el lugar exacto, «debajo de una mata de romero», donde enterró a la mujer asesinada. «Era mi madre», contestó Atanasio. «Me la quitaron cuando yo era pequeño». Se llamaba Ana Gil Ruiz. El niño de siete años es hoy un huérfano anciano y canoso. Fueron a buscar a su padre y, al no encontrarlo, se la llevaron a ella.

Pepe también habló junto a las fosas con Santiago, de 73 años, de Benamahoma, acerca de aquel cartero y su hijo a los que enterró. Y así supo que eran el padre y el hermano de Santiago, Manuel Salguero Chacón y Manuel Salguero Mateo, simpatizantes de la República. Dice Santiago que el vecino que los delató, Francisco Guerrero, se quedó con la huerta de sus víctimas, hasta que hace una década Santiago le pidió al alcalde que le quitase la propiedad que expropió a los fusilados. Y así se hizo.

### NIÑO HUÉRFANO

Las historias se suceden. Ha corrido la voz y cada día llegan más vecinos al cementerio preguntando por un desaparecido. Francisco García Sánchez busca a su padre, Andrés García Fernández, un marroquinerero reivindicativo de la entonces ya pujante industria del cuero de Ubrique que llegó a ser alcalde socialista. A Paco lo dejaron huérfano con dos años. «Desde entonces uno lleva la amargura por dentro». Pero él, como todos, ya no quiere nombrar a los criminales. «Para qué, si a lo mejor sus descendientes son amigos tuyos, bastante tienen ya con saber lo que hicieron sus padres y abuelos».

Lucía Román García, de Benamahoma, busca a su abuelo Alonso Román. Se lo llevaron al paredón al no hallar en casa a su hijo cuando éste bajó del monte a visitar a su familia. A la mujer de Alonso la raparon y purgaron con aceite de ricino. Una frase ha perseguido a la nieta toda su vida. «Esta noche han entrado cuatro pajarillos a beber». La dijo el hombre que delató a los cuatro fugitivos que bajaron a visitar a sus familias. Lo apodaban El Camión, y dice Lucía que, al contrario que Pepe, se metió a enterrador para rapiñar en los pantalones de los muertos. «Él tendría que estar vivo ahora», se lamenta ella.

Antonio Domínguez Caro, de Benamahoma, 81 años, busca a su hermano José. Se lo llevaron los sicarios del falangista Zamacola. Hacía apenas unas horas que habían fusilado a José cuando Zamacola amenazó al niño Antonio, de 13 años, con matarlo a él también por haberse arrancado de rabia el brazalete obligatorio de la Falange. La lista de desaparecidos sigue: José Castro Blanco, de Ubrique, Francisco García Castro, de Grazalema, su primo Diego, el cuñado de éste, Rafael...

Cae el sol en la sierra y a la puerta del cementerio Pepe charla con sus nuevos conocidos, trenzando los destinos de unos y de otros, qué fue de éste, cómo mataron a aquél. Parecen reconfortados, como si hubieran destapado una losa.

De momento, en la bolsa de plástico número dos del arqueólogo Alfonso hay apenas un montoncito de huesos de extremidades, dedos, tronco y un trozo de cráneo. También han encontrado tres suelas de alpargatas, una de ellas tan pequeña que podría ser de un niño. Pero esos pedazos porosos y renegridos sostuvieron vidas. Cuando los especialistas identifiquen quiénes eran y si son los que buscan, lo más probable es que los vuelvan a enterrar juntos, bajo una inscripción con sus nombres. Será un final limpio para una herida que ha aguardado demasiado tiempo abierta. Más vale tarde que nunca.

Pepe, a cuyo cuñado Juan Gil Vera nunca encontró, dice que también él habría luchado como estas familias para dar a sus seres queridos un digno entierro, para que sus huesos no siguieran revueltos y olvidados en la tierra. «Como si fueran cochinos».

<http://www.elmundo.es/papel/2004/01/18/cronica/1563082.html>